



¿HAY REACTIVACION ECONOMICA EN EL SALVADOR?

Si en El Salvador hubiera una verdadera reactivación económica, sería el único país del mundo que pudiera contar con esa suerte. Pero ya sabemos que no es así, a pesar de la desesperada propaganda que hacen unos desesperados gobernantes.

La llamada Alianza Productiva, nombre nuevo y curioso que ha adoptado la antigua alianza explotativa de los productores (ANEP, manifiesta públicamente el 25 de septiembre de 1980:

“Por otra parte, la economía de El Salvador, lejos de reactivarse y tener un crecimiento sostenido que permita crear y democratizar la riqueza, se encuentra en una etapa de crisis en la cual los sectores productivos hacen grandes sacrificios para mantener en actividades las fuentes de trabajo.”

Así es en efecto. En una coyuntura mundial de persistente depresión, que se transmite de forma multiplicativa a los países exportadores de materias primas no estratégicas, en una coyuntura nacional de guerra civil no declarada, pero no por eso menos destructiva, después de unos años de activo saqueo del sistema financiero y de emigración de capitales y capitalistas, la economía nacional está en bancarrota. Los empresarios de la alianza contraproducente (ANEP) la califican de “crisis”, pero mejor la deberían calificar de “coma” (para seguir usando términos médicos).

Esto no lo decimos con sobretonos de triunfo ni ecos de alegría, lo afirmamos con la profun-

da angustia y preocupación de quien ve cómo se hipoteca el futuro, y como la satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías, que debe ser el objetivo de cualquier gobierno democrático y popular, se está haciendo sumamente difícil. Lo decimos también con la preocupación de que el actual desgobierno continúe hundiendo todavía más la economía nacional.

El éxito o fracaso de la reactivación económica no es una cuestión que se puede decidir a la voluntad de los gobernantes. No basta que se diseñe un plan de emergencia, que se disponga de los recursos para llevarlo a cabo y se tenga voluntad política de implementarlo. Aparte de cualquier condición subjetiva y objetiva que haya en la esfera del gobierno, concurren para el éxito o fracaso del plan las condiciones objetivas y subjetivas que se den en los sectores extra-gubernamentales: laboral, empresarial, político, etc., etc.

Si estas condiciones no se dan, toda la voluntad del gobierno, por más buena y decidida que sea, todos sus proyectos, por más técnicos y bien pensados que estén, todos sus desembolsos, por más generosos que se hagan, no podrán tener efecto. Serán esfuerzos en el vacío, dinero botado en un saco sin fondo. Con un agravante: que el dinero puesto en circulación que no se use productivamente ahora es una amenaza permanente de inflación, que algún día en el futuro puede explotar como inflación galopante.

Las condiciones para la reactivación económica no se dan ni siquiera en un grado mínimo. Para que haya inversión y actividad económica,

es necesario un mínimo de confianza en el futuro, porque la vida económica se basa en el descuento y actualización de los flujos futuros de egresos e ingresos. Este descuento supone unas condiciones para los negocios relativamente estables y aproximadamente previsibles. Ante un futuro totalmente incierto no es posible el cálculo económico en que se se basa toda inversión. Esto para la inversión privada es totalmente esencial. La inversión pública, que es a más largo plazo y no se hace por fines de lucro privado, se basa en un principio de rentabilidad social o, más precisamente, en una comparación de los costos y beneficios sociales. Pero esta comparación objetiva de costos y beneficios social requiere también un futuro lo suficientemente estable para que los beneficios sociales descontados al presente superen a los costos actuales de los proyectos. Dicho en palabras menos técnicas, es sumamente improbable que una inversión pública realizada en una situación caótica, de guerra civil no declarada, de represión contra los sectores populares, pueda producir los beneficios sociales que son causa y efecto de la reactivación económica. Más aun, en este caos político y en este sangriento conflicto militar en que nos estamos hundiendo se hace prácticamente imposible realizar las inversiones públicas proyectadas, por falta de seguridad, tranquilidad y orden, además de faltar insumos, financiamiento y asistencia técnica.

No se puede olvidar, como un dato objetivo, que uno de los aspectos de la guerra popular prolongada es el sabotaje sistemático del aparato productivo en que se sustenta el régimen de opresión. La guerra civil no declarada se extiende, como todas las guerras habidas y por haber, a la base económica de los sectores que se consideran como enemigos. Para organizaciones que se consideran en guerra son inútiles e ineficaces los reproches de que están destruyendo fuentes de trabajo y las exhortaciones moralizantes para que depongan su actitud. Es muy probable que, mientras dure el estado de beligerancia, durará el sabotaje al aparato productivo, a no ser que entre las partes beligerantes (porque realmente lo son) se llegue a un acuerdo de limitar la guerra a ciertas esferas y ciertas acciones. Pero para ello habría que reconocer a los grupos político-militares como una fuerza beligerante, cosa que el gobierno militar-demócrata cristiano no está dispuesto a hacer. Sin embargo, un acuerdo entre las partes, que dejara al margen de las acciones bélicas, en cuanto fuera posible, el aparato pro-

ductivo, sería de suma importancia tanto para los empresarios como para el país en general. La intransigencia del gobierno en este punto está perjudicando radicalmente las posibilidades de salvaguardar la capacidad productiva del país.

Y así, en medio de una propaganda triunfalista que a nadie engaña, el sistema bancario resbala hacia una iliquidez general, que tendrá que ser subsanada por el Estado haciendo trabajar horas extraordinarias a la máquina de imprimir colones. Son ya varios los bancos cuyos coeficientes de liquidez están muy por debajo del encaje legal, y mantienen una apariencia de solvencia prestando desmedidamente del Banco Central de Reserva, como se puede ver en el cuadro siguiente:

CUADRO 1

Coefficientes de liquidez bruto y neto de los bancos comerciales e Hipotecario

Fin de año o mes	Coeficiente de liquidez		Préstamos a corto plazo del Banco (millones de ₡)
	bruto	neto	
1977	32.90%	16.06%	271.0
1978	*23.50%	10.85%	225.7
1979	22.59%	-1.84%	425.0
Enero 1980	23.08%	-12.31%	599.0
Febrero 1980	23.74%	-17.65%	684.9
Marzo 1980	22.68%	-15.18%	662.8

* En 1978 se cambió el encaje legal de 30% al 20%.

FUENTE: Revista mensual del Banco Central de Reserva, abril 1980, p. 165.

Este cuadro indica que, en contra de toda la tradición bancaria de este país, el encaje legal se mantiene artificialmente prestando masivamente (a corto plazo) al Banco Central. La realidad es que el sistema bancario estaba desencajado en abril y suponemos que en septiembre estará mucho peor.

Por otra parte al comercio exterior, el motor de arranque de nuestra economía, no le podía ir peor. Según datos del MAG¹, a fines del período enero-junio se habían exportado 751.121 quintales de café verde y 28.806 de soluble, lo cual representa aproximadamente un 25% de la cosecha. Por otra parte, cuando bajaron los precios

del café a 150 dólares por quintal, el Incafé cerró las ventas (10 de julio de 1980). Desde entonces los precios del café que exportamos han continuado bajando hasta 125 dólares en septiembre. Si los precios no se recuperan, habrá que vender el resto de la cosecha a este precio, perdiendo de 40 a 50 millones de dólares, según las declaraciones del Lic. Machón, Gerente del Incafé al News Gazette.²

Esas divisas no podemos permitirnos perderlas, pues el nivel es ya sumamente bajo y peligroso para la solvencia internacional de la economía. Las reservas totales, sin contar el oro que está pignorado, sumaban en mayo último 90 millones de dólares que apenas bastan para cubrir las importaciones de un mes.³

Los ingresos fiscales del gobierno tienen que haber disminuido en proporción a la disminución de sus fuentes principales: los impuestos a la exportación y los impuestos indirectos. Va a haber problemas para pagar los sueldos y aguinaldos a los empleados del Estado, que se solucionará de nuevo con la máquina de imprimir billetes.

La producción de alimentos básicos no parece ser mala, pero su comercialización es desastrosa, de modo que el acaparamiento y la especulación están empujando a las nubes los precios de los alimentos básicos e incluso se esta exportando

productos que dentro de poco necesitaremos desesperadamente.

No tenemos datos ni espacio para hacer un diagnóstico de la coyuntura económica en su totalidad. Los pocos datos, ya algo viejos, que hemos indicado dan una idea de las tendencias que nos arrastran al desastre. No tenemos más que promesas por un lado e indicadores negativos por otro. La reactivación no se esta produciendo, ni creemos que este gobierno pueda nunca, por más dinero que den los norteamericanos (que tampoco parece ser tanto), reactivar la economía nacional. Su enfoque anti-popular y represivo, su dedicación prioritaria a la liquidación de la oposición política de izquierda, su ilimitada demagogia, su entrega de los puestos de mayor responsabilidad a gentes mediocres y serviles, su clamorosa falta de credibilidad y confianza a nivel internacional, todo contribuye a que se generen las condiciones más adversas a la actividad económica. Sin una solución real y definitiva, política más que militar, con plena participación de la clase trabajadora, no puede haber reactivación, por más que digan.

L.M.R.

Septiembre 29, 1980.